

Occidente tras el fin del utopismo

JUAN
DEL AGUA

La destrucción del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 significó no sólo el fin de la división de Alemania y de la separación de Europa en dos bloques antagónicos, sino el final del período de la «guerra fría» y de las graves tensiones internacionales que siguieron a la segunda guerra mundial; y más importante aún: la desaparición del muro ha significado la conclusión visible de un largo período histórico dominado en buena medida por el *utopismo*, que se inició unos decenios antes de la Revolución francesa (1789) con la aparición de la creencia social en un progreso indefinido y mecánico del hombre, fundamento de lo que se denominará en el siglo XIX «el estado definitivo de la Humanidad», y en el nuestro «el final de la Historia».

«En el dominio de la economía hay síntomas inquietantes de agarrotamiento en muchos sectores, como lo demuestra el incomprensible número de parados, por no decir su aumento, y el declive de la invención tecnológica.»

La desaparición del comunismo en Europa, con toda su compleja significación, que hubiera debido desatar un vendaval de entusiasmo en las naciones occidentales, ya que disipaba muchos obstáculos para el desarrollo normal de su historia, y permitía además a los pueblos que habían vivido bajo la garra soviética durante casi medio siglo volver a la libertad histórica, no ha producido más que manifestaciones discretas, muchas de compromiso, y esto ha resultado ser tan sorprendente y significativo como la imprevisible autodisolución del mundo socialista por sus propios dirigentes. Esta falta de entusiasmo ha puesto de manifiesto ciertas graves deficiencias de la



vida de Occidente, que la situación antagónica anterior hacía menos perceptibles, pero que hoy saltan a la vista de todos.

Viene a confirmar este diagnóstico la falta de proyectos innovadores, de los que Occidente está tan necesitado, y la sensación de vacuidad e impotencia que se manifiesta en el dominio de la vida pública y de la política. En el dominio de la economía hay síntesis inquietantes de agarrotamiento en muchos sectores, como lo demuestra el incomprensible número de parados, por no decir su aumento, desde hace algunos años, y el declive de la invención tecnológica, como puso de manifiesto J. Fourastié (entre otros) en su último libro *D'une France a une autre. Avant et après les Trente Glorieuses* (1987). Las relaciones internacionales se resienten de ello y del sempiterno «maquiavelismo» que se cree es lo inteligente y eficaz. Pero no voy a ocuparme de los problemas de esos dominios, fluctuantes y cambiantes de por sí, sino del «tono» y la atonía de la vida occidental.

Los síntomas preocupantes, en efecto, no faltan, desde los inquietantes brotes de corrupción que surgen aquí y allá y en los más diversos ámbitos de la vida social, hasta la incapacidad manifiesta a resolver los problemas más acuciantes de la vida diaria, sea el paro, la contaminación imparable en las grandes ciudades y de la naturaleza, el prosaísmo y la fealdad cada día más presentes en el escenario social, etc. Pero todo ello no es sino consecuencia del estado particularmente deficiente en los dominios vitales, «estructurantes», de las sociedades occidentales, la *educación*, los *medios de comunicación* y la *actitud nihilista* de tantos hombres de hoy ante las cuestiones fundamentales de la vida, me refiero a las que tienen que ver con su *sentido*, «clave de bóveda» de la existencia humana. Contra lo que suele pensarse, la función principal y primaria de la educación no es la de proporcionar a los futuros adultos un saber técnico para encontrar un empleo —esto es también necesario, pero derivado—, sino la *deformar* hombres, esto es, retransmitir la herencia cultural a cada generación, herencia que constituye a la comunidad en cuanto tal y permite su proyección en el futuro, y de la que los hombres son miembros. La cultura es ideas, valores, creencias fundamentales, interpretaciones y realizaciones intelectuales, científicas, artísticas, proyectos y finalidades, en fin, todo aquello que configura «una forma de vida». Algo, por tanto, inconcluso, programático, que cada generación tiene que «reactualizar» a través de sus propios anhelos y pretensiones. Sólo así, enraizada en la historia común, es posible la *vida personal*, la vida verdaderamente humana. **L**a retransmisión de la cultura implica, pues, por el lado de los que la reciben un *esfuerzo* de reinterpretación y «puesta a prueba», es decir, que la vayan *verificando* a medida que la van recibiendo, pues sólo así tomarán posesión de ella, de ese «somos» —la identidad histórica— del que surgirá el «soy» de cada cual. Por parte de los educadores —en su sentido más amplio— que, además de amar con lucidez lo que deben transmitir, ten-

«La cultura es ideas, valores, creencias fundamentales, interpretaciones y realizaciones intelectuales, científicas, artísticas, proyectos y finalidades, en fin, todo aquello que configura "una forma de vida". Algo, por tanto, inconcluso.»

